El Viejo Motel

Dani Calvo Gil

Image not found.

Capítulo 1

EL VIEJO MOTEL

La noche mostraba una oscuridad grisácea sobre la autovía a-7. El viento golpeaba las ramas de los árboles que había en los alrededores. Era un viento gélido, duro, típico de la estación invernal. La carretera estaba prácticamente desierta, no había rastro de luces que pudieran advertir la presencia de vehículos. Las gruesas gotas de lluvia salpicaban en el Land Rover blanco de los Grimes. Thomas sentía un temor descontrolado. La conducción bajo la tormenta nunca había sido de su agrado. Además, desde que pasó aquel accidente, dónde estuvo cerca de la muerte, la precaución al volante significaba seguir con vida. Sabía la contundencia de ese pensamiento, pero no era más que una venerable realidad.

–¿Estás bien, Thomas? –la voz dulce de su mujer lo tranquilizó.

–Solo es un estado de nervios. Ya sabes, como siempre.

Elizabeth conocía al hombre que estaba sentado en el asiento del piloto. Por eso era su marido y llevaba diez años junto a él. La mentira jamás se había interpuesto entre ellos, aunque esta vez lo notaba distante. Su expresión y el tono de voz aclaraban las dudas: Thomas ocultaba algo.

–Ya sé que a veces te ocurre y lo entiendo. Pasaste por aquello... –Elizabeth enmudeció. Los ojos empezaban a sentir el cansancio del largo viaje–. Thomas –prosiguió–, ¿me estás ocultando algo?

Él giró la cabeza y la miró sorprendido. Siempre contaba toda la verdad a su mujer. Siempre había sido así, y así lo sería hasta el final.

–¿A qué viene esto? –preguntó Thomas, y volvió a fijar la mirada en la carretera.

–Nada, olvídalo.

Esa contestación hizo estragos en su alma. En primer lugar, porque Elizabeth era una persona sincera. Decía lo que pensaba al instante. Y también, porque se había quedado con la incertidumbre. ¿Qué fin tenía aquella pregunta?

Un sonido desolador inundó el ambiente del coche. Thomas despejó las ideas de su cabeza y Elizabeth miró hacia atrás, en los asientos traseros. Allí estaba Mike, despierto y repleto de energía. Una sonrisa tranquila se

dibujaba en su pequeña mandíbula.

–¿Te encuentras bien, mi amor?

El niño sacudió la cabeza, asintiendo. Tenía el pelo rubio, los ojos claros y una cicatriz en la frente al estilo Harry Potter. Elizabeth le devolvió la sonrisa, aunque algo forzada. Ella había escuchado un llanto, estaba segura. Sin embargo, si no había sido Mike, ¿Quién había hecho aquel sonido? La voz de Thomas interrumpió el juicio de su mujer.

–Tenemos un problema, nos queda poca gasolina.

–¿Qué? –la voz de Elizabeth sonó débil.

Todavía quedaba una hora de viaje. Thomas arrugó la cara en un gesto de decepción. La gasolina les duraría poco más de diez minutos. Además, era su culpa. Él había dicho que no haría falta llenar el depósito, llegarían sin problemas. Se había equivocado.

–¿Y ahora qué hacemos? –la desesperación en Elizabeth era palpable.

–Nada. Si tenemos suerte, encontraremos una gasolinera o algún sitio donde pasar la noche.

El coche quedó en silencio. La luna desprendía una inquietud desgarradora y el frío, conforme avanzaba la noche, se hacía mucho más intenso. La lluvia no remitía, al contrario, caía con mayor ahínco. Excepto unos cuantos vehículos, la autovía mantenía el vacío. Thomas conducía sin esperanza cuando observó, a varios metros, un cartel luminoso situado a la derecha. Tras el cartel, se divisaba un edificio antiguo marcado por la lobreguez. La fachada tenía un aspecto rígido, destartalado y una tonalidad negra con toques encarnados. Thomas entró en el emplazamiento y aparcó. Las ruedas delanteras chirriaron un poco, pero aguantaron el esfuerzo. Al cabo de unos minutos, la familia Grimes estaba ante la puerta del motel. Elizabeth agarraba a Mike de la mano con ternura y Thomas llevaba las dos maletas en sus brazos fornidos. Cuando entraron, observaron a una mujer delgada de mediana edad y una expresión risueña.

–Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarles? –dijo la recepcionista.

–Queremos una habitación para pasar la noche.

–Claro que sí –cogió unas llaves de la caja fuerte y se las entregó a Thomas–. Espero que...

La mujer calló. Su rostro se tornó pálido, fantasmal. Los ojos revelaban un

miedo profundo y sus manos empezaron a temblar.

–¿Le ocurre algo? –preguntó Thomas.

Pero la mujer no contestó. Se apresuró a ponerse la cazadora, cogió el bolso y salió del motel con grandes zancadas. Todas las miradas se pusieron en la recepcionista.

–No entiendo nada. Bueno, subamos a la habitación.

El interior de la estancia era pésimo. Las paredes ennegrecidas, dos camas hediondas y un armario desvencijado ocupaban aquel lugar. Nadie pronunció ninguna palabra. Mike se asomó a la ventana, podía mirar la parte delantera del motel. Observó su coche, el único que había. La tormenta descendía hacia él con vigor. Era extraño, pero se acrecentaba con el paso del tiempo. Thomas dejó las maletas y se acostó, estaba muerto de cansancio. Cerró los ojos, inmerso en una armonía.

–¡Thomas! –la voz de Elizabeth sonó brusca.

El grito sobresaltó a Thomas. Levantó su cuerpo con presteza y se encaminó hacia el baño. Mike ni se inmutó, seguía tranquilo observando el agua y su precioso coche. Cuando Thomas entró en el servicio, sintió una punzada en el corazón. Allí estaba ella: tenía incrustado en el cerebro un trozo de madera. Estaba muerta. Un charco de sangre inundaba el cuerpo del cadáver. El cadáver de la recepcionista.

Thomas aferró a su mujer entre sus brazos y la besó en la frente. Las lágrimas recorrían su piel tersa. Estaba temblando, presa del pánico.

–¿Qué es eso? –preguntó Elizabeth.

Thomas lo vio. Estaba en la boca tiesa de aquella mujer. Alargó la mano y sacó la nota impregnada de sangre. La leyó:

LA NOCHE Y LA SANGRE ES MÍA, HOY ES LA GRAN NOCHE, NECESITO VUESTRA SANGRE.

FIRMADO: LA MUERTE

Una sensación oscura atravesó el alma de Thomas. Dejó caer la nota al suelo, agarró con fuerza a su mujer y se alejaron de aquella escena

espeluznante.

–Cogemos a Mike y nos vamos enseguida –dijo Thomas abrumado.

Sin embargo, la locura se desató en los cuerpos de la pareja. Mike no estaba en la habitación. Había desaparecido. ¿Dónde estaba? El miedo se hacía cada vez más patente.

Una fuerza invisible inmovilizó a Thomas y lo lanzó hacia el televisor. El golpe fue doloroso. Una profunda brecha surgió de la coronilla.

–¡Thomas! ¡No!

Elizabeth no pudo hacer nada, solo observó como su marido fue descuartizado. Restos de sangre salpicaron en su cara. El olor putrefacto invadió sus fosas nasales. En tan solo unos segundos, Thomas era engullido por la televisión. En el cuarto, quedó la cabeza. Elizabeth quería escapar de aquel maldito lugar, pero estaba atrapada. La puerta de la habitación se abrió. Una misteriosa figura se encontraba en el umbral. Sus miradas se cruzaron. Ahora comprendía que su final había llegado. Mike reveló una sonrisa perversa, puso los ojos en blanco y vomitó los restos sangrientos de su padre.